

David Grossman:

Detrás de las palabras

José Gordon

David Grossman, a lo largo de una poderosa obra traducida a múltiples idiomas, se ha erigido como uno de los grandes novelistas de nuestro tiempo. José Gordon viajó a Israel para entrevistarlo acerca de sus orígenes como escritor, sus obsesiones y constantes, donde el amor y la política siempre se encuentran entreverados.

“¿Quién quiere tocar la realidad con alta resolución cuando es tan dolorosa? Ante los golpes nos cerramos, el problema es que ya no podemos tocar al otro, nos convertimos en una armadura sin caballero adentro”. Habla David Grossman, una de las voces más críticas y lúcidas en el panorama de la literatura israelí contemporánea. Junto con los novelistas Amos Oz y A. B. Yehoshúa, forma parte de una generación atenta a las historias que no han sido contadas y que permiten capturar el lado invisible de lo visible. Grossman trata de narrar lo que está más allá de las palabras superficiales, los clichés y los prejuicios en que nos confinamos. Sus palabras, firmes y a la vez serenas, resuenan con lo que vivimos en México.

David Grossman nació en Jerusalén en 1954. Entre sus obras destacan: *El libro de la gramática interna*; *Véase: amor*; *Delirio*; el ensayo *La muerte como forma de vida* y la novela *La vida entera*. La inteligencia y la imaginación de Grossman son apreciadas profundamente por críticos de la talla de George Steiner y novelistas como Salman Rushdie. Conversamos con Grossman en Jerusalén, en una tarde soleada y tranquila, frente a las cámaras de Canal 22 y la mirada atenta de mi amigo y productor Froylán López Lavín. Me interesa explorar las raíces del escritor:

Cuando usted tenía nueve años sucedió algo muy importante que lo conectó con la literatura y el vínculo del arte con la memoria.

Yo era niño y mi padre que nunca hablaba de su infancia por alguna razón fue conmigo y me dio un libro con cubierta roja, un libro pequeño y grueso. Me dijo: “Ten, David, así es como era *allá*”. Tenía una sonrisa que yo nunca había visto. Mi padre era un hombre muy autoritario y de pronto había algo casi infantil en su rostro. Tomé el libro, me subí al borde de la ventana y empecé a leer. Era la historia de Motl, un niño que era hijo de un cantor, y su mejor amigo que era un becerrito. Yo no entendía, no tenía relevancia en mi vida en el Israel de principios de los sesenta, en un país que trató de levantarse de sus cenizas después de la *Shoah*, del holocausto. Sin embargo, yo estaba fascinado pues estaba maravillosamente escrito y empecé a leer sobre la vida de este niño, sobre sus amigos y sobre su pequeña *shtetl* (aldea) en la diáspora.

Yo no sabía qué era la diáspora, no podía ubicarla pero fui absorbido y absorbía esta realidad. Creo que leí todo el volumen en dos o tres días y descubrí un nuevo mundo. Había magia y realidad a la vez. Los códigos internos de este mundo eran desconocidos, pero una vez que empecé a decodificarlos se volvieron míos. Sholem

Aleijem escribía en *yidish* pero estaba traducido al hebreo. Entonces yo sólo podía leer en hebreo. El lenguaje era arcaico. Incluso las páginas no tenían números sino letras, como en la Biblia o el Talmud. Yo sentía que tenía un regalo muy raro. Desde luego, estaba seguro de que esa realidad de los judíos en la Europa oriental seguía existiendo paralelamente a mi vida en Israel. No tenía idea de que eso había terminado pero lo que entendí es que mi padre me había dado una llave para su infancia y ningún niño puede resistirse a algo así. Creo que en el periodo de un mes leí todos los escritos de Sholem Aleijem que estaban disponibles en hebreo. Había obras de teatro, novelas, ensayos, cosas que no eran para un niño de nueve años, pero yo no podía resistirme.

Empecé a tener mi realidad secreta y a sentir que era parte de ella de algún modo. Es algo muy extraño, yo era un niño muy israelí. Estaba fascinado por la idea del nuevo Israel. Sentía —como todos los niños de mi generación— que éramos parte de algo muy grande, fuera de lo común. Nací nueve años después de la *Shoah*. Nací seis años después de la creación de Israel. Todo era parte de algo más grande que nosotros, de algo único, un nuevo paso en nuestra historia. Sin embargo yo era atraído por una fuerza irresistible al pasado, a todas las cosas a las que Israel le había dado la espalda pues Israel no quería recordar.

Era debilidad.

Era debilidad, era humillación, dependencia de otros más fuertes que nosotros. Significaba que éramos un pueblo sin ningún poder para defenderse. Y ahí estábamos, en Israel, construyendo el ejército más fuerte de la región con un reactor atómico, con la mejor fuerza aérea. Era una gran contradicción. Sin embargo, yo sentía que había descubierto el túnel para ir a otra realidad. Recuerdo una cosa. Cuando empecé a contarle a mi mejor amigo en la escuela sobre el nuevo mundo que había descubierto, me miró de una forma muy extraña y entendí de inmediato, con el instinto de un niño —y un niño siempre es una especie de sobreviviente— entendí que las historias de Sholem Aleijem debían ser mi secreto, que eso era muy diaspórico, a diferencia de lo israelí.

Sin embargo, era parte de mi realidad hasta que un día, unos meses después, fue el día nacional de la *Shoah*. Debo aclarar que en esos días nuestros profesores no sabían cómo enseñarnos sobre el recuerdo de la *Shoah*. Estaba muy fresco, la herida seguía abierta. ¿Cómo se le puede explicar a un niño el número seis millones, la cifra de judíos asesinados en la *Shoah*? Sólo es un número, no dice nada. Hace falta una Anna Frank para hacerlo doloroso y relevante. Recuerdo que nos dijeron que llevaríamos pantalón negro y camisa blanca y que nos paráramos derechos y que tratáramos de no reírnos. Nuestros maestros, de hecho, eran sobrevivientes de la *Shoah*.

Nos sentíamos amenazados y avergonzados por su experiencia y no sabíamos cómo manejarlo y de pronto comprendí que esos seis millones, las víctimas, todos esos nombres que para mí no eran nada, eran mi gente secreta, que eran Motl, el hijo del cantor y el violinista en el tejado y toda esa gente que en realidad era mi secreto máspreciado. Recuerdo que mi primera reacción fue: “¿Cómo permitieron que pasara eso? ¿Dónde estaba su fuerza aérea? ¿Por qué no usaron los tanques?”. Yo era un niño israelí, pensaba en términos israelíes. Todo niño tiene su primera muerte, su primera persona conocida que muere. Para mí, todos ellos fueron mis primeros muertos. Fue una experiencia increíblemente dolorosa entender que todo ese mundo había muerto. Creo que fue la primera vez que pensé que quería ser escritor. Yo quería contar historias al igual que Sholem Aleijem quien me contó las historias de los judíos en la diáspora. Ahora lo puedo expresar pero sólo después de muchos años.

Creo que la literatura es el lugar donde todas las cosas pueden coexistir con su pérdida. Es el único lugar. Yo lo pensé, tal vez instintivamente, como niño. Ahora lo sé desde muchas otras perspectivas de mi propia vida. Esta existencia interna es realmente la esencia de la literatura.

David Grossman

Die Kraft zur Korrektur

Über Politik und Literatur



Cuando pienso en usted, pienso en un maestro del silencio que registra los pequeños matices que hay detrás de los pensamientos. De su novela Véase: amor, George Steiner dice que usted realiza una hazaña increíble al intentar transmitir lo que es incomunicable. Eso es algo que sólo pueden hacer la poesía y la literatura.

Creo que la historia está detrás de las palabras. Las palabras que usamos, las palabras que usa el escritor, sólo son un signo para llevar al lector a la verdadera historia y la mejor historia siempre es la que crea más ecos en el corazón del lector. La mayoría de las cosas no son contadas. Sólo se cuenta una capa de esa realidad.

Para ello hay que abrir canales que normalmente no nos atrevemos a sondear. Quizás esto tenga que ver con la vulnerabilidad que eligió explorar cuando era niño. ¿Cómo entrar en esa zona cuando siempre nos estamos protegiendo? Debe haber un trabajo muy intenso al escribir para no traicionar ese delicado impulso que lo hace estar abierto y vulnerable.

Tiene mucha razón. Creo que, generalmente, en nuestra vida nos protegemos. Desde luego, no queremos ser heridos. Puedo añadir que, especialmente aquí, en esta parte del mundo donde la realidad es tan dolorosa —a veces es como un ácido—, uno debe ponerse una capa protectora. Pero yo sé que soy vulnerable y siempre elegiré escribir sobre cosas que son peligrosas para mí. Creo que casi siempre, en todos mis escritos,

he elegido escribir sobre cosas que tienen el potencial de sacudir mi vida, de cuestionar mi relación con mis padres, con mi esposa, con mis hijos, con mi país, con mi idioma. No recuerdo después de qué libro fue, pero un periodista me preguntó: “¿Se siente más fuerte tras haber acabado este libro?”. Y lo vi y le dije: “No, ése no es el objetivo”. Ser más fuerte significaría que tendría mejores mecanismos de defensa. No quiero eso. La tentación de construir mecanismos de defensa es enorme y yo lo sé, pero no quiero ser defendido, quiero estar en contacto con todo lo que me ofrece la vida. Creo que ésa es la idea de estar vivo. Estamos demasiado protegidos de la vida. Mientras mayor edad tenemos más protegidos estamos. Desde luego que es una ilusión, no podemos estar realmente protegidos. La vida nos golpeará de uno u otro modo, pero tenemos esta ilusión.

Siento que me reduzco con esas defensas incluso en nuestra habilidad de conocer a los demás. No conocemos realmente a los demás porque estamos demasiado protegidos. Pensamos que conocemos a los demás. Al decir “los demás” no me refiero necesariamente a los enemigos, también a nuestra gente cercana, a nuestro cónyuge, a nuestros hijos, a nuestros mejores amigos. A veces, si estamos dispuestos a reconocerlo, conocemos partes muy limitadas de sus vidas de lo que están dispuestos a revelar, de lo que irradian hacia nosotros, pero en realidad preferimos no ver al otro en su integridad.

A veces pensamos que cuando hacemos el amor realmente conocemos al otro. En el hebreo bíblico usamos



David Grossman con José Gordon en Jerusalén

las palabras: “Conocer a una mujer”. “Y el hombre conoció a su mujer, Eva”. Tengo una buena amiga que me dijo: “Está escrito que el hombre conoce a su mujer pero no que comprende a su mujer”. Sin embargo, creemos que en esos momentos dulces realmente conocemos totalmente al otro pero eso desde luego es absurdo porque en esos momentos suspendemos de nuestro conocimiento todas las partes molestas de nuestra pareja. No queremos pensar que la persona con quien hacemos el amor es miserable o irritante.

O celosa...

O celosa... Es decir que ni cuando hacemos el amor conocemos realmente al otro. Pero si uno escribe sobre alguien, y si uno se permite quitar las capas de vendas de los ojos y dejar que el otro lo penetre, que entre en uno, que vea qué pasa cuando uno se permite entregarse totalmente a otra forma de ser en esta vida, de pronto uno toca el filamento de otro ser humano. He de decir que es una dulce recompensa a años de esfuerzo.

Al ser vulnerable, uno se abre a esa ternura y entonces sucede.
Sucedo.

Sucedo esa comunicación delicada y auténtica.

Y hay días que uno siente eso respecto a uno de sus personajes. Esos días son una dulce recompensa por tres, cuatro o cinco años de escritura. Hay un trabajo duro, pero esos dulces momentos, en los que de pronto uno expande su ser en esta vida, permiten que uno entienda de repente el principio del otro.

Como un espejo.

Sí, sí, sí. Es un espejo y una caja de ecos. Si elijo las palabras correctas —si elijo palabras que le permitan sentir las palabras que no han sido dichas ni escritas—, usted usará mi historia para tener su historia.

NARRAR EL TABÚ

Su primera novela, La sonrisa del cordero, fue en cierta medida el rompimiento de un tabú en la conciencia colectiva israelí al plantear el problema de la ocupación después de la Guerra de los Seis Días, en 1967.

De algún modo sí. No había palabras para describir esta realidad. Esto es algo que me atrae cuando no hay palabras para contar algo, cuando siento que el lenguaje no alcanza para describir una situación. Entonces, cuando escribía *La sonrisa del cordero* yo era el titular del noticiero matutino de Israel, el noticiero más importante. Tuve que usar, como parte de mi trabajo en la radio gubernamental, un diccionario especial que fue hecho especialmente para hacer posible la formulación de la ocupación.

A cada sociedad moral le resulta imposible describir situaciones extremas de las que ha sido parte. Para toda persona moral —más allá de que siempre existen algunos psicópatas—, para la mayoría de nosotros, la idea de ocupar a otro pueblo, de humillarlo, de subyugarlo y de que lo privemos de sus derechos básicos es insostenible. Podemos crear todo tipo de justificaciones para esta situación y podemos tener varios argumentos —y muchos son correctos— pero en el fondo de nuestro corazón sentimos que somos parte de algo que está mal. Los gobiernos, los medios, el ejército y la policía se unen para fabricar un lenguaje.

Eufemismos.

Eufemismos, sí. Exactamente. Yo lo llamo lenguaje blanqueado, palabras cuyos verdaderos contenidos fueron blanqueados hace mucho tiempo así que son neutrales, no nos confrontan con la atrocidad, con nuestra culpa, con la culpa.

Llaman a eso, en hebreo, la situación, hamatzav.

Hamatzav.

Para no decir específicamente de qué se trata.

Ésta es la palabra más frecuente en Israel: *hamatzav*. Con *hamatzav* nos referimos a la ocupación, al terror, al miedo existencial, a todas las presiones, a toda la gente que murió. Eso es *hamatzav* pero, desde luego, es un eufemismo porque *hamatzav*, en hebreo, significa algo estable, algo *yatziv*. Sin entender hebreo, puede captar los sonidos: *matzav*, *yatziv*. Se escucha la similitud. No hay nada estable en esta *matzav*, en esta situación. Son cien años de derramamiento constante de sangre. Aprendemos a coexistir con esto. Ni siquiera creemos que haya una realidad alternativa. Una vez más, aquí viene la literatura y nos recuerda que no importa en qué esté envuelta la gente no hay *matzav*, no hay algo estable, que en todo predicamento humano hay corrientes, subcorrientes, contradicciones y agitación.

La habilidad de la literatura —a diferencia de los medios de comunicación— es hacer que todo esto salga a la superficie. Los medios pretenden que las cosas salgan a la superficie pero no es así. Los medios, de algún modo, le cuentan a la gente historias que ya conoce, en especial en situaciones como la nuestra. Con el vocabulario que usan no describen la realidad, más bien amortiguan lo que sucede entre el ciudadano y la realidad, debido a la banalidad en que sumergen todo: la intimidad, los sentimientos, la muerte. Se sataniza al enemigo, nos idealizamos a nosotros mismos. Si hay alguna importancia en la literatura en esas condiciones es que nos permite recuperar nuestro rostro humano y nuestra individualidad.

En el caso de su novela más reciente, La vida entera (en hebreo, La mujer que escapa de las noticias), se crea un efecto muy interesante. Tanto los lectores de izquierda como los de derecha dicen: “Éste es nuestro libro”. ¿Qué fenómeno está tocando?

En este libro, Ora, el personaje principal, es una mujer abierta y vulnerable, no muy politizada, que se permite sentir cosas que son muy de derecha y posturas que son muy de izquierda —mucho más que yo, por cierto—. Al no tener un escudo, se balancea libremente entre los diferentes instintos y sentimientos que tiene. Se permite estar totalmente asustada y recelosa de los árabes —cuando tiene buenas razones para esta experiencia— y se permite ser compasiva y empática con ellos cuando tiene razones para hacerlo.

Parte de la cuota que todos pagamos por estar encerrados en esta situación es que nos volvemos herméticos. Cada uno de nosotros está atrapado en sus opiniones. En Israel es más fácil cambiar de sexo que de postura política. Hay personas que no tienen ninguna flexibilidad. La gente de izquierda rara vez se permitirá admitir que tal vez tenemos buenas razones para temer a los árabes. La gente de la derecha nunca se permitirá sentir compasión por el sufrimiento esencial de los palestinos. Cada lado está atrapado en sus opiniones y este libro —y el personaje de Ora— permiten de pronto explorar lo que no nos permitimos leer en la vida real. Recuerdo que un día conocí por casualidad a dos personas icónicas de la derecha y de la izquierda en Israel. Las dos me dijeron: “Éste es mi libro. Soy yo”. Tuve un pensamiento inevitable: “¿Si tan sólo pudiera encontrar el modo de que coincidieran en la vida real!”.

El libro hace que varios tipos de lectores rompan ciertos tabúes. Quisiera saber cómo lee un palestino su novela, ¿cómo se ve en el espejo de la intimidad de su libro?

Esto siempre me interesa. Este libro tuvo algunas reseñas en periódicos árabes. En *Al Hayat*, el principal periódico árabe que se publica en Londres, el crítico dijo: “Es un libro sobre el amor, el amor de una mujer y dos hombres, trata del amor de un hermano por su hermano. Es un libro sobre el amor de un joven soldado israelí por su país”. Esto me conmovió pues creo que es la primera vez, que yo sepa, que un crítico o intelectual árabe se permite legitimar el amor que nosotros sentimos por este país. Creo que hay un matiz importante en esta actitud: el de entender que también amamos a este país, el de permitirnos este amor. Ambos lados, aunque lógicamente saben que el otro lado está muy conectado y arraigado a este lugar, no son suficientemente generosos para permitir que uno y otro amen la misma tierra. Es como si dos hombres amaran a la misma mujer o viceversa.

¿Cuál fue el disparador de la novela La vida entera, de sus personajes, de las descripciones detalladas de la fauna y flora de Israel y de sus veredas?

Durante años quise escribir una historia sobre una familia. Me fascinan las familias. En todos mis libros la familia es la mejor creación de la humanidad. No importa qué tipo de familia. Ahora las familias son muy flexibles en su estructura. Yo quería poner a esta familia en nuestra “situación” y mostrar cómo esta realidad terrible se autoirradia en la delicadeza y la ternura de la burbuja de la familia, de esa burbuja de ternura. No tenía idea de cómo se combinarían las dos cosas. Entonces pensé en una mujer que enviaría a su hijo al ejército y decidiría no esperar a que llegaran a darle malas noticias y huiría, pero su huida no sería un escapismo sino una forma de crear algo nuevo y de crear una nueva relación entre ella y su país, inclusive. La historia comenzó cuando caminé por Israel, desde el extremo norte de Israel, la frontera con Líbano, hasta mi casa en Jerusalén. Son quinientos kilómetros. Esto es parte del camino israelita. Siempre me han gustado los esfuerzos físicos y este libro me permitió explorar eso: caminar cada día de veinte a veinticinco kilómetros, solo. Cuando uno camina solo es como si se convirtiera en otra criatura. Caminamos en dos piernas pero en realidad somos criaturas e inmediatamente hay otra conversación entre uno y las plantas y los árboles y la tierra y los animales. Me encantaría repetir esa experiencia. La gente que uno conoce en ese paseo se comporta diferente, está mucho más relajada y mucho más abierta a uno. A cada persona que conocí le hice dos preguntas: “¿Qué anhela y de qué se arrepiente?”. Algunas de las respuestas están en el libro. Fueron muy profundas y conmovedoras. Pero lo que más me sorprendió fue la inmediatez de las respuestas, como si la gente estuviera esperando a que le hicieran esas preguntas. Simplemente las soltaban inmediatamente, me daban esas cosas tan preciosas.

Y esto toca otro nervio de sus libros que es muy importante: la confesión, la confesión espontánea. ¿Cuándo sucede esto? ¿Cómo ocurre? Los protagonistas de su novela viven lo que Julio Cortázar llamaría el kibutz del deseo, la comunión del deseo. (Grossman ríe abiertamente al reconocer la expresión. Su memoria al igual que su alma viven a flor de piel):

Sí. Siempre me sorprende la inmediatez de la apertura, cómo la gente realmente quiere ser vista y comprendida por los demás, cómo necesita que su historia sea acogida de la manera correcta. Si confían en uno, si piensan que uno no traicionará su historia se la entregarán con gran generosidad e incluso con urgencia. Para mí, escribir este libro fue una forma de encontrar las palabras y los matices, y de ser capaz de darle un lengua-

je a una situación que estaba totalmente trivializada dándole nombres y palabras a todo. Insistí en eso, en registrar desde la fauna y la flora hasta el amor y hacer el amor y las situaciones que ocurren en una guerra terrible. Yo quería contar esta historia porque sentía que estaba necesitado de palabras. Tal vez pueda explicarlo porque el lenguaje es una forma de estar en contacto con la realidad. Mientras más elaborado y preciso sea uno en los matices de sus palabras, toca más matices de la realidad. ¿Pero quién quiere tocar la realidad con tan alta resolución cuando la realidad es tan dolorosa? Cuando uno mete la nariz en ella recibe un golpe en la cara. Siento que éste es el proceso destructivo en el que nos estamos encerrando cada vez más. Ante los golpes nos cerramos, el problema es que ya no podemos tocar al otro, nos convertimos en una armadura sin caballero adentro. Creo que nuestra guerra no es sólo contra un “enemigo”, nuestra guerra es contra esa decadencia, contra esa limitación. Ésa es la guerra que deberíamos pelear. Escribir este libro fue para mí algo así. No me rendiré a esa limitación y he de decir que para mí y creo que para algunos de mis lectores fue un modo de renovar el contrato con esta realidad y con este país.

En ese proceso también se recaptura el lenguaje. En su libro escrito en hebreo se plantea una hermosa e íntima conexión entre lenguaje y paisaje.

El sentimiento aquí, y tal vez cada país, cada cultura sienta lo mismo —y hablaré sólo del hebreo y el árabe— es que existe un sentimiento de que el idioma surgió, creció de la tierra. Aquí la tierra es dura, es seca. No tenemos suficiente lluvia, es rocosa. También el idioma hebreo es seco y los sonidos guturales que tenemos son muy adecuados a la tierra y a la crudeza del paisaje. Ése es un ejemplo maravilloso de la unificación del idioma y la realidad.

Y el idioma hebreo, a nivel conceptual, tiene la habilidad de ser algebraico. Es muy conciso, como un haiku.

Sí, ésa es la esencia de nuestro idioma y es la estructura del idioma y el modo en que está formulada la Biblia. En la Biblia, por ejemplo, casi no se mencionan las emociones. La Biblia es muy concisa. La Biblia es literatura de actos y uno debe ponerle las emociones. Es muy fuerte, es muy ascética y refinada. Nuestra literatura de las últimas generaciones es lo contrario. Creo que después de haber estado privados durante muchos años de estas emociones, queremos explorarlas y queremos darles palabras. Personalmente, siento que por más que les doy palabras, por más que intento darles una muy alta resolución, aun así no toco el principio del mundo emocional de una persona.

A veces, cuando la gente lee mis libros se sorprende, dice: “No sabía que ese tipo de cosas existiera en Israel”.

Están acostumbrados a ver Israel en una pantalla de televisión, en CNN y sólo ven conflictos, violencia, terror y ocupación, pero yo insisto en escribir sobre la integridad de la vida y éstas son las cosas que importan, éstas son las cosas por las que vale la pena pelear: la interioridad. A veces digo que las cosas más importantes y significativas que ocurren en la historia de la humanidad no suceden en los campos de batalla ni en los palacios ni en los parlamentos sino en las cocinas, en las recámaras y, desde luego, en habitaciones de niños. Los niños son muy importantes.

Y en la imaginación de los niños.

Y en la imaginación. Hay que ver nada más todos los mundos que pueden ser creados y destruidos en una sola oración. Nos vemos a nosotros mismos y pensamos que somos gente más o menos estable, pero si ponemos un sismógrafo que pueda detectar todos los matices, todas las vibraciones de nuestras sensaciones y sentimientos y pasiones y arrepentimientos y miedos, cada una de nuestras horas es un océano. Es un océano y estoy sediento de documentar esto, de entenderlo, de entender qué es esta vida. **u**

